

LOS SHAMANES YAMANAS DE LA TIERRA DEL FUEGO

Por NORA HANSEN

Los *Yámanas* o *Yahganes* de Tierra del Fuego, constituyen uno de los pueblos más primitivos de la Tierra. Es cierto que debido a los numerosos movimientos habidos de todo tiempo entre los pueblos de América, fuera de otras circunstancias más especiales para este caso, hemos de admitir que esta cultura aborigen ha sido influenciada por otras de tipo superior. De todas maneras, todo lo que haga referencia a este pueblo, que se halla en vías de una pronta desaparición total, es del mayor interés para la etnología americana.

Desde tiempo atrás nos interesaba, muy especialmente, el shamanismo de los *Yámanas*. Entre éstos actúan ciertos individuos que ellos llaman *yekamus*, y que el P. Gusinde sin duda el mejor conocedor de los pueblos fueguinos, denomina "Medizinmann", de acuerdo con la costumbre alemana de llamar así a cierta categoría de individuos que hallamos en las culturas primitivas. Los autores de habla española suelen conocerlos por shaman, curandero, médico, hechicero, brujo, etc., pero sin que se haya aún establecido el valor exacto de cada una de estas expresiones.

Entre los *Yámanas*, el individuo de esa clase no se limita a curar enfermedades. Su poder y campo de acción son mucho más amplios y de difícil demarcación. Tiene poder, ante todo, sobre la vida espiritual de sus semejantes, los que, a su vez, le atribuyen la capacidad de influir sobre las fuerzas de la Naturaleza. Es, además, profeta y visionario.

De lo cual se desprende que el papel desempeñado por el *yekamus* es vasto y complejo y, cualquiera que sea el nom-

bre con que lo designemos, no lograremos definir completamente su actuación. Elegimos, pues, el término generalizado e internacionalmente conocido de *shaman*.

Al estudiar la manera de ser y de actuar de los shamanes yámanas, y comparar esta institución con otras prácticas de este pueblo, llama ante todo la atención la heterogeneidad de su función.

Es interesante establecer cómo llega a ser *yekamus* un indio yámana. Gusinde y Koppers, durante su permanencia en Tierra del Fuego, pudieron averiguar que de tiempo en tiempo se realiza entre los *Yámanas* el "loima-yekamus" o colegio de shamanes, donde se reúnen las personas interesadas en esta profesión. Aunque hacía entonces (1922) cerca de 25 años desde la celebración del último *loima*, lograron Gusinde y Koppers convencer a los indios de que celebraran una reunión de esta clase. Fué dirigida por un anciano *yekamus* conocedor de las prácticas y enseñanzas del shamanismo. Se efectúan generalmente estas reuniones en las largas tardes invernales, y se construye al efecto una choza de forma cónica. Los candidatos que participan de estas lecciones aprenden, ante todo, a conjurar espíritus, a hacer juegos de mano, a cantar como los *yekamus*, etc. Durante las semanas que permanecen reunidos, se les exige ingerir sólo la escasísima cantidad de alimentos que se les sirve en la choza; dormir no más de cinco horas diarias; mantenerse en ciertas posiciones forzadas durante el día y la noche, etc. No tienen otro fin estas exigencias que aumentar la irritabilidad del candidato, facilitándole las visiones y los ensueños.

Pero no basta haber escuchado estas lecciones para ser un *yekamus* verdadero. Para ser considerado como tal por sus semejantes, es indispensable sentirse llamado para este objeto. Este llamado es una disposición del alma, que viene del interior del individuo, o sea, la vocación. Se manifiesta en fuertes impresiones internas, en visiones y sueños que lo trastornan moral y físicamente. Se siente sin apetito, enfermo, aunque no se trata de una enfermedad propiamente tal. Sus amigos y algún *yekamus* reconocen su estado y le aconsejan seguir su inspiración. El individuo se dirige entonces a un shaman an-

ciano para rogarle lo prepare en su oficio; espera después la ocasión de participar en un *loima*. Existen, pues, casos en que un individuo que ha participado en el *loima* no se considera como shaman porque no ha sentido el llamado interno. Pueden ser shamanes los hombres y las mujeres, aunque lo son de preferencia los primeros.

No cabe duda que el sueño y la imaginación tienen enorme importancia en la vida de estos shamanes. Sufren de una especie de éxtasis cuando creen ponerse en contacto con los espíritus, de los que esperan ayuda en sus propósitos; y tratan de realizarlos mediante cantos especiales.

Hay ciertas melodías consideradas como propias de los *yekamus*; pero cada uno debe crear, además, su propia melodía, sencilla y monótona como toda la música de este pueblo. Merece mencionarse el hecho de que el individuo incapaz de inventar esa melodía, o sea, el que carezca de toda aptitud musical, no llega jamás a ser considerado como *yekamus* verdadero.

Veamos ahora qué papel desempeñan estos shamanes.

Una de sus principales tareas consiste en facilitar las relaciones de los hombres con los espíritus. Otra actividad preponderante es curar las enfermedades. Es notable la rapidez con que saben extraer piedrecitas u otros objetos de las partes afectadas del enfermo que esconden en la boca o las manos, y que muestran al paciente y a los presentes en un momento dado. En estos casos los enfermos parecen sentir realmente un alivio de sus dolencias, lo que se debe a la autosugestión.

Los *Yámanas* confían en que sus shamanes pueden influir en el tiempo atmosférico. Cuando anuncian una mejoría del tiempo, deja de llover o nevar realmente en el día fijado, y, en algunos casos, hasta se despeja el cielo. Gusinde cree que esta sabiduría se debe a la experiencia y la observación directa de las condiciones que producen un cambio atmosférico.

Los *Yámanas* ruegan al *yekamus* procurarles alimentos en las épocas de escasez. Están seguros de sus poderes visionarios y que puede anticiparles, por lo tanto, importantes acontecimientos. Gusinde pudo comprobar que predijeron realmente, en dos ocasiones, un cambio de tiempo acompañado de fuerte oleaje y la llegada de grandes bandadas de ciertos pájaros.

Durante la fiesta de la *kina* (fiesta secreta de los hombres) y el *loima-yekamus*, el shaman es investido de poderes especiales. En ambas ocasiones debe hacerse cargo de la dirección de la fiesta. Cuando combaten dos grupos de *Yámanas* son conducidos por sus respectivos shamanes, cuyas órdenes se obedecen ciegamente.

Finalmente, son muchas las consultas que deben atender en la vida diaria, los casos en que les corresponde aconsejar a su grupo.

A pesar de los engaños, mantiene el *yekamus* su prestigio de brujo verdadero, siendo capaz, según creen sus semejantes, hasta de quitar la vida a otro individuo. Claro está que a pesar de la convicción con que hablaban de este asunto, ni los más ancianos recordaban un caso concreto, lo que no amonorraba la creencia en esos poderes sobrenaturales.

Cuando se les preguntó por las relaciones existentes entre el *yekamus* y su dios *Watauineiwa*, respondieron que son iguales a las que mantienen los demás *Yámanas* con el Ser Superior. Pero, prosiguieron los etnólogos, si el *yekamus* tiene poder sobre los espíritus ¿no sería posible que llegara a dominar también a Dios? La perplejidad frente a esta pregunta demostraba que jamás habían pensado en tal posibilidad. El *yekamus* no puede quitar la vida a un ser sin el consentimiento de *Watauineiwa*, respondieron; esto equivale a decir que éste es el responsable supremo de la muerte de un *yámana*. A la pregunta de si los *yekamus* rezan también a Dios, parecieron extrañarse más aún. ¿Por qué no habían de rezar al Todopoderoso? Un viejo shaman llegó a confesar que, cuando un *yekamus* es llamado a visitar a un enfermo, se dirige primero a Dios diciendo: "Padre mío, ayúdame a curar a este enfermo. Si no quieres hacerlo por él, hazlo por mí, para que no deba avergonzarme de mi incapacidad".

A pesar de que la actuación de los shamanes está rodeada de un velo de misterio, en la vida diaria no se les distingue de los demás. Como ellos deben procurarse el alimento necesario para subsistir, y se espera que sean un ejemplo de altruismo para los demás.

Al actuar de *yekamus*, estos individuos colocan en su cabeza un adorno especial de plumillas blancas, y se pintan el

cuerpo del mismo color; estas dos características los distinguen de los otros individuos de la tribu. Mediante el canto y los movimientos del cuerpo procuran llegar a un estado de sobre-excitación, condición en que pretenden poseer un poder extraordinario. Las visiones y los objetos de que hablan en ese estado no existen en realidad, pero actúan con ellos y hacen pensar a los presentes que son efectivamente reales. Los *Yámanas* consideran por lo tanto reales las visiones del shaman, creen en las acciones que realiza y los éxitos que les anuncia.

Gusinde resume así sus impresiones sobre la actuación del *yekamus*: "Me he impuesto personalmente, durante mi estadía en el loima-yekamus, de la gran fuerza sugestiva que irradia el *yekamus* en plena acción. Creo posible que, después de algunas semanas de aleccionamiento en esa escuela, a las que sigue todavía un período de autosugestión, llegue el individuo a tal estado de irritabilidad y excitación, que cree entrar en contacto real con los espíritus, recibir de ellos encargos y ayuda para curar o enfermar, y hasta para matar a otro individuo".

Todo esto explica porqué el shaman se prepara con cierta anticipación cuando necesita actuar en su oficio. Es preciso llegar a un estado de ánimo especial. Esto lo consigue cantando monótonamente y efectuando movimientos rítmicos del cuerpo, que paulatinamente aumentan en intensidad y rapidez hasta sugestionarle de tal manera, que las fantasías se convierten para él en realidad, y todo lo que piensa o imagina en tal estado, pasa automáticamente al plano de la realidad sensible.

Por supuesto que el extraño comportamiento del shaman impresiona vivamente a los observadores. Si en tal momento se presenta un cambio en la enfermedad del paciente que asiste el *yekamus*, y que psíquicamente está también bajo su influencia, nadie duda ya de su poder sobre los espíritus y las fuerzas naturales. Un acontecimiento de esta especie está llamado a dejar impresiones indelebles en la mente de todos aquellos que lo han presenciado, facilitando la sugestión en cualquier actuación futura.

SANTIAGO DE CHILE.

Museo Histórico Nacional.